

Valor (filosofía de los valores)

P. Dr. Cornelio Fabro

Nota del editor: un realista delante de una manzana dice que es una sustancia de cualidad roja. Lo mismo hace un kantiano. La diferencia está en que para el realista la cosa en sí es esa sustancia con esa cualidad, mientras que para el kantiano la «cosa en sí» permanece desconocida, y «sustancia» y «cualidad» son «categorías» que están dentro del sujeto (por tanto inmanentes) y que le permiten al mismo calificar, es más, constituir el objeto de conocimiento. El objeto de conocimiento se constituye cuando a la experiencia se le aplican las categorías; pero el objeto no es la cosa en sí, la cual permanece absolutamente desconocida.

Siendo las categorías inmanentes, son igualmente objetivas, pues se aplican según reglas universales (no según el parecer personal de cada uno). Estando ante la misma experiencia todo el mundo va a ver la misma sustancia roja, pues todos tenemos la misma naturaleza humana y por ende las mismas categorías y las mismas leyes con las cuales las categorías se aplican a la experiencia. Se trata el conocimiento kantiano de un conocimiento inmanente (el sujeto en realidad no sale de sí) pero objetivo.

En el ámbito del neo-kantianismo surge, como explica Fabro, la «filosofía de los valores». Los «valores» son también para los modernos inmanentes y objetivos.

¿Puede un realista filosofar sobre los «valores»? Sólo en la medida que se le quite a los valores la naturaleza de inmanentes o a-priori y se los juzgue según sirvan para unir al hombre con Dios.

Presentamos a continuación la voz «filosofía de los valores» escrita por Cornelio Fabro y publicada en Dizionario Enciclopedico di Spiritualità, Roma 1990, 3 ed., vol. III, pp. 1961-1965.

★ ★ ★

1. NOCIÓN

El concepto de valor se refiere sobretudo en el lenguaje corriente al precio de las mercaderías y de los objetos de consumo, y sólo en un segundo momento se amplía al campo del espíritu. En la vida espiritual, el valor se refiere al grado de perfección de los actos humanos y de sus producciones ya sea en la esfera intelectual, artística, científica, ya sea sobretudo en la esfera moral de la ética, de la política, de la religión... En filosofía el término valor asume un significado propio constitutivo, comenzando con H. Lotze y gracias a la terminología de la «inversión de todos los valores» (*«Umwertung aller Werte»*) con la cual Nietzsche anunciaba la teoría propia del super-hombre: la filosofía de los valores puede indicarse como la derivación característica de las varias escuelas neo-kantianas de la segunda mitad del Ochocientos hasta la primera guerra mundial.

Por tanto se distinguen valores inferiores o sensibles (*«sinnliche Werte»*) y los valores superiores o espirituales (*«geistige Werte»*) que con frecuencia están en contraste. En correspondencia con los diversos niveles de la vida espiritual se pueden distinguir en esta esfera, en la clasificación dada por Hessen, cuatro clases de valores: valores lógicos o de la verdad, los valores éticos o del bien moral, los valores estéticos o de la belleza y los valores religiosos o de la realidad de lo «sagrado» (*«des Heilige»*, en el sentido usado por R. Otto). El núcleo de esta que podemos llamar la «perspectiva axiológica» de la realidad humana ya se lo puede encontrar en las tres Críticas de Kant (con el agregado de *«Die Religion innerhalb der Grenzen der reinen Vernunft»*) o sea los *a priori* de la praxis, a la cual los principales autores de la filosofía de los valores se remontan expresamente. Con ella se quiere reivindicar la originalidad de la vida, de la conciencia humana sobre el mundo físico: pues la esencia de la naturaleza humana, por la cual se distingue de todas las esencias naturales, es la espiritualidad (*«Geistigkeit»*), el hombre actúa su destino esencial y, por ende, realiza el sentido de su vida, solo cuando actúa los valores espirituales. En este sentido, en la acentua-

VALOR (FILOSOFÍA DE LOS VALORES)

ción de los valores del espíritu, la filosofía de los valores ha sido llamada también filosofía de la vida («*Philosophie des Lebens*»). De este modo el formal «tú debes» («*du sollst*») de la ética kantiana, se expresa con el imperativo categórico: «sé un hombre de valor» («*Werde ein wertvoller Mensch!*»), ¡busca actuar la verdad, el bien, lo bello y lo sagrado en tu personalidad! ¡Sé un realizador de valores, un aportador de valores, un hombre de valores!

El nuevo concepto de valor no coincide de hecho con el del bien de la metafísica clásica, en cuanto este expresa la perfección del ser y por tanto se conecta con el ser que lo contiene y con el Absoluto que lo fundamenta (como el Ser separado del mundo, en la filosofía clásica: Platón, Aristóteles..., como el Ser creador del mundo y por tanto presente en él, en la filosofía cristiana: cfr. *S. Th.*, I, 7, 1-4; qq. 104 y 105; *Q. De Veritate*, XX, aa. 1-6).

En vez, en la filosofía moderna, el valor está estrechamente relacionado con los *a priori* de la conciencia, o sea el trascendental, y por ende tiene por base la espontaneidad de la subjetividad humana o bien la libertad como esencia de esta misma subjetividad. Sin embargo en la filosofía de los valores la realidad de los valores se pone «en sí» como objetiva, en cuanto impone al hombre exigencias precisas, las cuales se conocen en su universalidad y no como algo puramente subjetivo que depende del arbitrio y de la veleidad o de los deseos del sujeto. Cuando por ejemplo soy cautivado por la belleza de un paisaje o me engolfo en la contemplación de una obra de arte o admiro la acción de un héroe o de un santo... tengo la impresión evidente de un valor trans-subjetivo del cual mi conciencia es como capturada o subyugada. De aquí precisamente el carácter «objetivo» y «absoluto» que dichas filosofías atribuyen al valor, aun cuando están inspiradas en el principio de inmanencia.

Por tanto esta objetividad del valor es objeto de experiencia directa («*Werterlebnis*»), y lo prueba el hecho que cuando nuestro querer sub-

jetivo y valorar subjetivo se aleja de los valores y de las normas objetivas, experimentamos el «remordimiento» de haberlos transgredido; por eso reconocemos un reino de normas y valores objetivamente válidos, más allá de nuestra apreciación subjetiva individual. Pero el valor se impone también por sí mismo, es decir que le compete una estructura objetiva como valor en sí mismo («*Wert selber*»): en efecto antes y frente al valor que se realiza, es necesario distinguir el valor como tal, la esencia del valor, y la idea del valor; aquello es el concreto particular, éste, el abstracto universal, así aquello debe subordinarse a éste como el individuo a su especie. Así por ejemplo la justicia («*Gerechtigkeit*») es el género del cual se toman los actos individuales de justicia. Por tanto es del todo característica la objetividad de los valores y se aclara cuando es paragonada con la de los otros objetos ideales más conocidos, como por ejemplo los objetos matemáticos (la idea de triángulo, la idea de círculo!); el matemático que se aplica a estos objetos está ligado a la estructura objetiva de los mismos como cualquier cultor de las ciencias exactas y naturales; la objetividad tiene aquí un carácter rígido y el matemático no puede alejarse de él a su gusto. Incluso el teórico de los valores, que quiere analizar un determinado valor está ligado a la estructura objetiva del valor mismo; sólo así el objeto posee valor de verdad («*Wahreitswert*»).

2. DIVISIÓN

El concepto de valor está sujeto a las variaciones que se conectan con la diversidad de escuelas de las varias filosofías del valor, o sea del modo de fundamentar su apriorismo (objetividad) y la consistencia del valor mismo. Las principales corrientes de la moderna filosofía de los valores son las siguientes: neo-kantiana (Windelband, Rickert, Bauch, Cohn, Mehlis), fenomenológica (Brentano, Husserl, Scheler, N. Hartmann), personalismo (W. Stern) puramente científico (Heyde) y alguna otra corriente menor.

En la escuela neo-kantiana el valor reenvía, como a su fundamento, a la cosa en sí misma («*Ding an sich*»): así como existe una cosa en sí,

VALOR (FILOSOFÍA DE LOS VALORES)

así también un valor en sí («*Wert an sich*»), que se libra de la relatividad y de la contingencia empírica; así se puede hablar de una «conciencia normativa» y del valor en general como de un «postulado» -de aquí la separación profunda entre el mundo de las cosas («*Wert der Dinge*») y el mundo de los valores («*Wert der Werte*») según Windelband (*Einführung in die Philosophie*, § 13, II, Aufl., Tübingen 1920, 246 ss.).

Según la escuela fenomenológica la aprehensión del valor está ligada a la doctrina fundamental de la intuición de las esencias («*Wesensschauung*»), que se funda sobre todo en la interpretación positiva de la esfera emocional; en contra de Kant que relegaba la realidad de los sentimientos (sentir, amar, odiar...) a la esfera empírica, y quedaban fuera de la moralidad. Por el contrario, es necesario proclamar -según M. Scheler- el apriorismo de la esfera emocional, en ella los actos de sentir («*Fühlen*»), amar («*Lieben*»), odiar («*Hassen*»)... poseen un contenido propio, *a priori*, el cual es independiente de la experiencia inductiva, como lo son las leyes del pensamiento puro -hay aquí realmente una «intuición esencial» de los actos y de sus materias (contenido) de su fundamento y de su conexión que fundamenta y garantiza su evidencia-. El uso restringido que hace Kant del *a priori* depende del empirismo sensista que había tomado de Hume y también del puritanismo protestante, que le impidieron ver más a fondo en el comportamiento interior de la vida del espíritu.

En la concepción personalista, el hombre no es un simple observador, ni un puro realizador, sino un sujeto que como «persona» es el núcleo responsable y el fin del propio obrar («*Zielpunkt des Wirkens und Schaffens*»); el hombre se encuentra en el mundo, no para aceptarlo pasivamente, sino para preguntarse cuál es su misión, qué camino debe seguir y qué cosa puede esperar como destino propio. En este sentido, según W. Stern, toda concepción de la vida («*Lebensanschauung*») es egocéntrica incluso en los aspectos más altruistas, como cuando organiza su relación con el mundo, con un otro yo, con Dios...

DIÁLOGO 69

La segunda nota de toda concepción de la vida es su carácter práctico, es decir en función de las exigencias vitales para una estructuración de la vida («*Lebensgestaltung*») a la cual puede pertenecer, como componente de un orden superior, incluida la inclinación a filosofar. También para Stern el conocimiento de los valores es inmediato («*unmittelbare Eingriff*»), y el mundo de los valores y el mundo de las ciencias constituyen dos esferas absolutamente distintas y distantes; en esta concepción el principio moderno se invierte: ya no es el *cogito ergo sum*, sino «yo formulo un juicio de valor, por ende yo soy» («*Ich werte, also bin ich*»). La auto-conciencia del yo no reposa sobre el pensamiento, sino en la capacidad y en el impulso a actuar los valores y su significado o lugar en el mundo, depende no de su situación objetiva en el mundo, sino de la jerarquía de valores (lo verdadero, lo bueno, lo hermoso, lo sagrado) que la persona alcanza a realizar.

En Francia una amplia investigación sobre el valor se debe al ontólogo actualista L. Lavelle, según el cual la originalidad del valor aparece con mayor fuerza en el contraste entre posible y real; así como lo posible se opone a lo real y lo cuestiona con actos que sólo el espíritu es capaz de llevar a cabo, así el valor es -en el posible mismo- esta exigencia de realización que obliga, encarnándose, a dar de sí mismo un testimonio y una prueba. Por eso, en un cierto sentido, el valor consiste en la exigencia de este pasaje del no ser al ser; es algo que vale la pena («*waut la peine*») que se haga, donde el término «pena» señala -siguiendo a Pascal, Maine de Biran, y el mismo Bergson- que no podemos actuar un valor sin un esfuerzo, es decir una victoria sobre nuestros instintos. En la tensión que de este modo se establece entre el acto y la posibilidad, Lavelle se había declarado dispuesto a tener en cuenta las instancias existenciales (*Traité des valeurs*, t. I, 149 s.): pero en esta concepción cada jerarquía de valores no se comprende sin su referencia a Dios, valor absoluto, del cual, por «participación», deriva todo otro valor. Todavía más orientado hacia el valor es el moralismo de R. Le Senne, según el cual, el valor se fundamenta en el Absoluto y presupone una relación con el Absoluto... -de otro modo el valor

VALOR (FILOSOFÍA DE LOS VALORES)

quedaría herido por una contingencia radical y ya no sería más un valor. Por tanto las características fundamentales del valor son: 1) el valor es aquello que es digno de ser buscado; 2) la unidad y la infinitud del valor deben manifestarse en nuestra experiencia; 3) en cuanto el valor absoluto debe poseer eminentemente la personalidad, que nosotros reconocemos como el valor más alto y el corazón del espíritu, el valor absoluto debe ser llamado «Dios». De acuerdo con Lavelle, Le Senne afirma que nosotros conocemos tal valor absoluto solamente mediante las participaciones y es mediante tales participaciones que tenemos acceso a la dignidad de la personalidad (*Traité de morale générale*, III ed., p. 692 s.). Sobre la fundamentación inmanente del valor ha insistido R. Polin, según el cual es necesario hablar de «creación de valores» en cuanto tienen por fundamento la libertad o bien se realizan mediante una decisión del sujeto que expresa y realiza en ellos la libertad que lo define; no se puede fundamentar que fundándose sobre todo en sí mismo, es decir aceptando dar un valor a la propia libertad, de tal modo que el reconocimiento del valor de la libertad de verdad es el fundamento para reconocer los otros valores fuera de sí. Por eso Polin llama a la libertad la «trascendencia en acto», que es capaz de ir más allá de sí, de superarse, y haciéndose distinta de sí, se convierte en obligación por sí misma; y por tanto un retorno a Kant (cfr. *La création des valeurs*, 19, 14, 8 ss.).

La filosofía del valor ha tenido un notable desarrollo también en la cultura anglo-sajona, según una línea de pluralismo axiológico, es decir acogiendo -por impulso sobre todo del pragmatismo -como fundamento del valor, el estímulo del interés y por tanto las múltiples fuentes de las cuales puede surgir en la acción (ciencia, consciencia, arte, industria, estado, iglesia; cfr. R. B. Perry, *General Theory of Value*, 693 ss.).

Se puede convenir que la filosofía de los valores expresa la corriente más vigorosa del neo-kantismo, como lucha contra el materialismo positivista y la metafísica idealista hasta el umbral de la segunda guerra

mundial, cuando corrientes caracterizadas con mayor coherencia y vigor teórico como el existencialismo, el marxismo, el empirismo lógico... se mostraron más aptas para expresar el empuje auténtico del principio moderno de inmanencia, quitando la distinción entre acto y valor.

3. VALOR Y ESPIRITUALIDAD

La filosofía de los valores en su perfil histórico es una reacción o un tentativo, dentro de la filosofía moderna, de frenar su carrera hacia el objetivismo mundano y el historicismo amoral hacia el cual la cadencia atea del principio de inmanencia estaba conduciendo a la cultura. El desarrollo de la filosofía post-bélica ha mostrado que el tentativo ha sido vano: el «retorno a Kant» de la filosofía de los valores no podía sanar el error subjetivista que está como fundamento del imperativo categórico del «*Sollen*», no menos que el de «*Ich denke überhaupt*». Por eso no sorprende que precisamente dentro del kantismo se hayan levantado críticas radicales a la filosofía de los valores con acusación explícita de subjetivismo psicológico, de relativismo y de escepticismo de los valores (cfr. Jo. Hessen, *Die Werte der Heiligen*, 25 ss.).

Por ende, una auténtica filosofía de los valores no puede coincidir del todo con la fundamentación del ser y ni siquiera prescindir de tal fundamentación: el valor es la realización del ser y su perfección, y el valor moral es la realización del agente libre que se actúa en conformidad con el fin último. Por tanto, en la esfera humana, a diferencia del orden y del devenir natural, existe una posibilidad de ser que depende de la libertad como tal, cuyo ser y no-ser procede de la elección y de la decisión del hombre: por tanto el hombre con la propia decisión se configura a sí mismo en el bien elegido y a su vez se hace partícipe de la bondad del fin al cual tiende. De allí que el fundamento metafísico del valor es la bondad del fin último en su trascendencia, el cual es Dios mismo y no una idea platónica; el fundamento existencial es la libertad del hombre en su actuarse, gracias a la cual, algo que podría no suceder sin embargo sucede, o bien algo que podría suceder

VALOR (FILOSOFÍA DE LOS VALORES)

no sucede: el destino del hombre no depende solo de algo que viene de afuera (como el destino de los antiguos) ni siquiera únicamente del hombre (como la inmanencia de los modernos), sino que viene totalmente de Dios y del hombre, en planos diversos como son la causa primera y las causas segundas o de las causas libres finitas. El fundamento metafísico trascendente garantiza así el valor objetivo en sí y por tanto la exigencia de un «juicio» de la historia que provenga desde afuera (o de otro, si gusta decirlo así) de la historia misma; el juicio de la historia no puede identificarse con el curso de la historia, como pretende Hegel con su «*Weltgeschichte ist Weltgericht*» (cfr. *Philosophie des Rechts*, § 340, Hamburg 1955, 288), sino que juntos -en contra de cualquier predestinacionismo necesitante- el valor en acto surge de la decisión libre del singular; o sea de la cualidad del acto y de la decisión simultáneamente. De aquí el sentido profundo del precepto evangélico: «no queráis juzgar...» (Mt 7, 1) y del acto positivo: «*todo lo que queráis que los otros hagan por vosotros, hacedlo vosotros a ellos*» (Mt 7, 12 y Lc 6, 31) que hoy es proclamado por las modernas «filosofías del diálogo» (cfr. G. Calogero, *Filosofía del dialogo*, Milano 1962, 51 y 174). Esto no implica que la sociedad y la autoridad no puedan juzgar al singular, sino que exige que cualquier juicio no traicione la propia esfera y respete el orden de la trascendencia. En este orden el valor se articula como la aspiración al Bien supremo en el ámbito natural (cfr. *S. Th.* I-II, 1, 1-8), y como la consecución de la «comunidad con Dios» o la «vida eterna» en el orden sobrenatural, el cual constituye la «situación existencial» efectiva del hombre histórico. En el primer ámbito, los valores supremos son los religiosos: la elevación del hombre del mundo sensible en virtud de su libertad y de la relación del hombre con Dios como primer principio del orden natural; en el segundo orden, los valores surgen sobre todo de la purificación del hombre del pecado y del progreso de la unión con Dios mediante la vida de gracia y de la redención de Cristo. El orden de los valores sobrenaturales tiene por tanto su fundamento en la encarnación del Verbo y por tanto en la mediación de Cristo como salvador y modelo del hombre: es el ideal cristiano de la *Imitación de Cristo*, de la teología mística cristológica de Taulero, como de san Juan de la Cruz y de san Pablo de la Cruz y de

cualquier auténtica espiritualidad cristiana. Pero en esta segunda esfera del valor, la acción del hombre no es propiamente determinante, sino debe hacerse cada vez más dócil a las mociones interiores de la gracia para reprimir en sí los movimientos desordenados de la naturaleza y desconfiar de los mismos juicios de la razón, para abandonarse completamente a los secretos impulsos del Espíritu Santo. Se quiere decir que en cualquier etapa de actuación de la libertad, corresponden valores propios mediante los cuales el hombre aferra al mismo tiempo las dimensiones de su propia indigencia y aspira a realizar, con la invocación de la ayuda divina y de la gracia proporcionada, la unión y la comunión de vida con Dios que es el valor beatificante supremo.

Bibliografía. -R. Le Senne, *Obstacle et valeur*, Paris 1934 (vers. it. Brescia 1951); C. Rosso, *Figure e dottrine della filosofia dei valori*, Torino 1949; A. Guzzo, *La moralità*, Torino 1950; L. Lavelle, *Traité des valeurs*, Paris 1951-1955; AA. VV., *Il problema del valore*, Brescia 1957; L. Malevez, *Trascendance de Dieu et création des valeurs*, Paris 1958; R. Lazzarini, *Valore e religione nell'orizzonte esistenziale*, Padova 1965.

Traducido por: p. Dr. Marcelo Lattanzio, IVE